# El hombre ciego y la comezón

*Versión de Eesha Sardesai*

La oscuridad lo envolvió. Parpadeó algunas veces; en vano, lo sabía, pues sus ojos nunca se ajustarían. Además, por lo poco de visión que todavía tenía, estaba bastante seguro de que no había ninguna fuente de luz en esta habitación, ninguna lámpara, ninguna ventana que brillara platinada por la luna.

No, estaba en completa oscuridad. Oscuridad y... *silencio.* Excepto por sus pensamientos, que parecían hacerse más fuertes en proporción al pánico que se acumulaba en su pecho. Lo repitió de nuevo en su mente, cómo era que había llegado aquí, a esta habitación oscura y sin ventanas, sin nadie que lo ayudara.

La ironía era que esta habitación fría y hostil era parte de un palacio. Y el palacio era *magnífico*: ventilado, hermoso y perfectamente situado en un escenario idílico, con colinas verdes que lo rodeaban. Era el lugar más feliz, más espléndido y más apacible en el que jamás hubiera estado, y era *suyo.*

Sí, su familia se había mudado a esta morada palaciega hacía algunos meses, y en el tiempo en que habían estado ahí, el hombre se había dedicado a explorar sus muchas habitaciones y pasadizos. El problema era que le gustaba hacerlo solo y de noche, cuando su vista ya pobre estaba en su peor momento.

Eso es lo que había hecho esta noche, saliendo de puntillas luego de que el resto de su familia se hubiera ido a dormir. Tarareaba para sí mismo mientras caminaba, confiando en la memoria, el instinto y en los débiles contornos de la arquitectura que podía distinguir con la ayuda de la iluminación en las paredes. Finalmente, bajó varios tramos de escaleras hasta llegar al pasillo del sótano, frente a lo que pensó que debía ser una puerta abierta. No sabía hacia dónde conducía la puerta, y no podía ver al interior.

*Probablemente deberías regresar*, le advirtió una pequeña voz en su cabeza. No obstante, se quedó donde estaba. Había algo en esta habitación —el misterio que representaba, la posibilidad—, era irresistible. Apartando sus pensamientos negativos, saltó hacia el interior.

Había caminado un poco pensando en que se toparía con algún objeto o mueble que le daría una pista de dónde estaba. Sin embargo, eso no ocurrió, después de algunos minutos que logró registrar fue un ligero olor a moho.

Entonces, de algún lugar detrás de él, lo escuchó. Un *clic.* Su estómago se hundió. Era, inconfundiblemente, el sonido de la puerta cerrándose.

Así era cómo había terminado aquí, ciego y en la oscuridad, en alguna habitación desconocida sin una salida inmediata. Inhaló profundamente, intentando reprimir el miedo que había avanzado más allá de su pecho y ahora subía por su garganta. Afortunadamente, sus pensamientos se aquietaron lo suficiente como para permitirle acomodarlos para algo útil. *Un plan,* pensó. *Eso es lo que necesito.*

*Había* una puerta, por supuesto, así que había una salida. Y este era un espacio cerrado, lo que significaba que en algún momento podría encontrar esa puerta. Empezó a caminar hacia adelante, extendiendo sus brazos hacia la oscuridad absoluta, alcanzando, alcanzando...

*Pum.*

*Ahí está,* pensó con satisfacción el hombre. Había chocado contra la pared. Ahora solo se trataba de caminar cuidadosamente en una dirección, sintiendo la pared hasta llegar a la puerta. Parecía bastante fácil.

Dio un paso, y luego otro y otro y otro, sus dedos deslizándose sobre el frío cemento. Evidentemente, la habitación era bastante grande; la pared parecía extenderse un buen tramo. Cuando finalmente llegó a la esquina, donde esta

pared se unía a la adyacente, tuvo que hacer lo mismo de nuevo. Ahora palpaba la *nueva* pared con la esperanza de llegar a la puerta.

Continuó de esta manera por algún tiempo. Estaba seguro de que se acercaba a la puerta. No podía faltar mucho ahora.

Fue entonces cuando lo notó: el ligero picor en su nariz. Una comezón repentina.

Arrugó la nariz por reflejo, tratando de ignorar lo que sucedía, pero la comezón se hizo más fuerte... y más fuerte... y *más fuerte.* Sus ojos empezaron a llorar por el esfuerzo de no rascarse. Sus manos estaban aún en la pared, pero su atención se desvió. Lo único en lo que podía pensar era en la comezón de su nariz. La sensación era abrumadora; devoraba todo.

—¡Tengo que rascar esta comezón! —grito desesperado a la habitación vacía.

Al final, eso fue lo que hizo. Retiró ambas manos de la pared (una mano habría sido suficiente, pero el hombre no estaba exactamente en un estado mental racional), y se rascó la nariz a su gusto. Continuó caminando mientras lo hacía, ya sin prestar atención hacia dónde iba.

—Ahhhh —dijo, luego de que había rascado suficientemente la picazón en su nariz. Llevó de nuevo las manos hacia la pared y continuó su búsqueda.

Pasó más tiempo; ¿cuánto?, el hombre no lo sabía. *Solo continúa*, se dijo a sí mismo. *Ya casi lo logro.*

Mientras se le ocurría este pensamiento, la sensación de picazón regresó. Solo que esta vez era en su pantorrilla. Nuevamente, el hombre intentó resistir el rascarse, pero la picazón parecía aumentar en el área cuanto más se resistía. Pronto no solo era su pantorrilla, sino ¡también el resto de la pierna! Luego de lo que sintió como una eternidad de restricción tortuosa, cedió, separando las

manos de la pared y hundiéndose en el suelo mientras rascaba su pierna frenéticamente.

Cuando por fin la picazón desapareció, el hombre se levantó de nuevo. Eligió una dirección al azar y continuó palpando la pared. *Esta vez,* pensó, *definitivamente encontraré la puerta.*

Así, siguió deambulando y siguió rascándose. Primero llegó la comezón. Luego estaba allí. La comezón estaba por este lado. La comezón estaba por ese otro lado. *Comezón. Rascar. Comezón. Rascar.* El hombre daba vueltas y vueltas, su mente daba vueltas tan febrilmente como sus piernas.

En toda esta conmoción que el hombre se había fabricado, no se dio cuenta de que seguía pasando por alto la puerta. En varias de sus vueltas alrededor de la habitación, sus dedos se habían acercado a un pelo del borde de la puerta, solo para que se distrajera con una nueva comezón.

Afuera, el sol comenzó a salir sobre las colinas, bañando el palacio con su calor y luz. Pero esto tampoco lo sabría el hombre. Estaba cansado. Estaba delirando. Estaba atrapado en esta habitación infernal, con las manos extendidas absurdamente contra las paredes mientras caminaba, se arrastraba y se abría camino hacia ninguna parte.

*Los sabios de la antigua India advierten a los buscadores que no se conviertan en cautivos de sus sentidos, que no sucumban sin pensar a todos los deseos que sienten surgir dentro de ellos. Una persona así, dicen los sabios, no está en mejor situación que el ciego con comezón.*

*Esta historia está inspirada en un cuento clásico narrado en los textos de la filosofía india del Vedanta.*

© 2024 SYDA Foundation®. Derechos reservados.